

Panorama Literario, 1957

Con la Fiesta del Libro aparecen nombres y títulos, ditirambos y propagandas, y se arma el gran alboroto literario en el que toman parte todos los papeles, grandes y chicos de la nación.

Es la hora del recuento, la ocasión de mirar hacia atrás y establecer el balance de la situación literaria actual. Pero ocurre que este estudio comparativo se realiza habitualmente no sólo con espíritu de benevolencia sino además con una suerte de más o menos visible compadrazgo que está robándole a la crítica sus características más puras.

Bartolomé Soler, novelista de los de antes, ha saltado al palenque de la actualidad con unas declaraciones combativas que nunca había recitado en sus manifestaciones privadas. Está claro que del relato fingido, pero verosímil y de alto bordo, se ha pasado al chismorreo, a la murmuración, al pequeño escándalo, es decir, hemos entrado en la novela autobiográfica en la que el autor se abre en canal para mostrarnos su mundo interior más o menos resentido, erótico o mezquino. La novela no vale por sí misma, sino según las circunstancias personales de quién la ha concebido, entendiéndose por tales no la solvencia literaria de la firma sino la propia humanidad monda y lironda del padre de la criatura. El lector, ávido de sensacionalismos, quiere leer un argumento situando en él no al protagonista figurativo sino al propio autor, al que se supone viviendo y sufriendo los problemas, las tonterías o las anécdotas que allí se desarrollan.

Con ésto resulta que la novela no hace al autor sino que es al revés; el autor hace la novela con todas las consecuencias que de aquí pueden derivarse. La fundamental es la de que no existen apenas puros novelistas sino gente que ha escrito una o dos novelas y que vive de sus rentas o de su trabajo o de la conmiseración del prójimo.

En un artículo muy logrado aparecido en «La Jirafa» se califica al momento literario actual como «la era del payaso». El autor que quiere popularizarse viene obligado a la excentricidad, aunque ella sea la mínima de dejarse la barba. En Madrid, reciente ejemplo, un poeta ha recorrido parte de la ciudad montado en caballo blanco para presentar su obra, de esta guisa, a la hilarante curiosidad de las gentes.

Quizás una de las razones de que se haya llegado a este punto está en haberse eliminado de nuestra nove-

la una serie de posibles temas que se consideran intocables. «El Bruch» lo lamentaba no hace mucho colgando el sambenito sobre las sufridas espaldas del auténtico escritor, en realidad víctima segura de este estado de cosas. Si Pio Baroja o Fernández Flórez o Jardiel Poncela o Insúa hubieran tenido que iniciarse en otras circunstancias que las que encontraron me parece difícil que llegaran a alguna parte. La inspiración es completamente libre y ningún cuerpo vibra si le privan de la necesaria expansión.

...Nombres y títulos han saltado a los tenderetes habituales y Pedro ha dicho que Juan era magnífico no para que Juan diga lo mismo de Pedro — que ésto está ya muy gastado — sino para que Juan manifieste la excelente calidad literaria de Pablo y éste se encargue de escribir que Pedro es una lumbrera. El compadrazgo es refinado y total.

En los prólogos de las obras presentadas —ahora abundan las presentaciones— se leen afirmaciones sorprendentes por su alambicada uniformidad: pura palabrería, Propaganda.

Cuando no puede haber mercancía buena, adviene la confusión y nadie recela en prometer lo que nadie puede dar; no hay peligro de clarividentes comparaciones.

En el mismo plan que estos prólogos suelen manifestarse la crítica. Con tanta profusión de libros como llegan a los rotativos de gran circulación sólo los de los amigos consiguen un comentario de adecuada extensión, pero claro, son de los amigos. Los papeles de poca monta no pueden desairar a la editorial que ha tenido la atención de regalar el par de ejemplares consabidos, y también prodigan el elogio por todo lo alto; y si censuran, lo hacen tímidamente y con sordina.

En fin, quizá la culpa también está en esta profusión de premios literarios dispuestos a descubrir un genio en cada ocasión. Ciertamente que en Francia hay muchísimos más premios que aquí, pero los temas intocables son allí muy pocos, la cultura muy superior a la nuestra y las posibilidades de editar, enormes.

La Fiesta de Libro, 1957 sugiere estas reflexiones que no son cosecha de este año sino la prosecución de un mal que está convirtiendo al escritor en un ser infeliz o ridículo. Estamos inmersos en plena era del payaso.

Antonio Miralles Manresa.

encora